

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 52
Argentina Fin De Siglo

Article 47

2000

Los meses (Sin pan y sin trabajo)

Aníbal Jarkowski

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Jarkowski, Aníbal (Otoño-Primavera 2000) "Los meses (Sin pan y sin trabajo)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 52, Article 47.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss52/47>

This Creación: Narrativa is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Aníbal Jarkowski

**LOS MESES
(SIN PAN Y SIN TRABAJO)**

Diciembre

El día veinticuatro apagó la alarma del despertador y dejó la cama. Caminó a tientas hasta la ventana, sin cortinas, abierta de par en par, y se asomó al pozo de aire del edificio. Miró hacia lo alto, más allá del último piso, y reconoció algunas estrellas contra el fondo azul del cielo.

A tientas otra vez llegó al baño y se sentó a orinar en la oscuridad. Gotcaba una canilla sin que pudiera verla y de la ropa interior que había puesto a secar se desprendía olor a jabón blanco.

Cuando salió del baño el resplandor del amanecer ya permitía distinguir la cama, las dos sillas, las paredes. Se envolvió con una bata, fue a la cocina, encendió una hornalla y puso a calentar un jarro con leche. Alguien abrió las puertas del ascensor en el piso. Reconoció los pasos del diariero que fueron y volvieron por el pasillo. Las puertas se cerraron otra vez y el ascensor se fue alejando.

Apagó la hornalla, azucaró la leche y dejó el jarro en la mesita. Podía distinguir las figuras desleídas en el mantel, el vapor flotando sobre la boca del jarro, las flores pintadas en la lata de las galletitas. Mientras la leche se enfriaba abrió la puerta del departamento y salió al pasillo. Se arrodilló frente a la puerta de los vecinos, retiró la sección de los avisos clasificados del diario y regresó.

Encendió la luz de la cocina y se sentó a la mesita. Probó la leche. Hizo correr las hojas de los avisos hasta encontrar el rubro *Empleados de oficina y comercio*. No había pedidos.

El día veinticinco no tenía sentido madrugar; no había diarios. Sin embargo, a las seis estaba despierta. Encendió la radio, escuchó las noticias y tomó dos

jarros de leche. Después, en el baño, llenó la piletita y lavó a mano una blusa y una muda de ropa interior. Se duchó, se lavó los dientes, secó los azulejos y el piso y se puso la bata.

Fue al cuarto. Buscó una tijera de hojas cortas en la mesa de luz y se sentó en la cama, con las piernas abiertas y los pies cruzados uno sobre el otro. Desató la bata, desenmarañó con los dedos el vello del pubis, húmedo todavía, y lo recortó a la luz del velador. Más tarde, sobre la mesita de la cocina, repasó las tablas de una pollera con la plancha. Tomó una taza de té y comió galletitas. Quitó los tiznes de polvo a los zapatos. Repasó los muebles con una franela. Volvió a ducharse y se llevó la radio a la cama.

El veintiséis apagó el despertador, fue al baño y orinó a oscuras. Mientras se calentaba la leche retiró la sección de avisos clasificados del diario del vecino. Tomó la leche y buscó el rubro *Empleados de oficina y comercio. Pedidos*. Apoyó una libretita sobre la página y la fue deslizado de aviso en aviso. Cuando encontraba uno al que podía presentarse, transcribía la dirección en la libretita y pasaba al siguiente. Al terminar de leer las dos columnas había apuntado siete direcciones. Como no podría presentarse más que a dos, a lo sumo tres en el día, eligió según la hora en que citaban a las postulantes y el gasto en colectivos. Cerró el diario y emparejó los bordes de las hojas. Controló la hora.

Apagó la luz de la cocina. Lavó el jarro, pasó un trapo húmedo por la mesita y cerró la lata de las galletitas. Fue al baño y se duchó. En el dormitorio necesitó encender la luz del velador. Hizo la cama, tendió la bata sobre la almohada y se maquilló con un poco de color en las mejillas y los párpados.

Abrió el ropero y retiró una blusa, dos polleras de falda corta, la de tablas y otra recta, y un par de zapatos negros. Revisó la caja de la ropa interior. Las prendas, plegadas en triángulos, despedían un tenue perfume a lavanda. Removió bolsita de felpa con semillas maceradas y el perfume se reavivó. Eligió una muda blanca y la dejó sobre la cama. Cerró la caja.

Revisó que la blusa y las polleras no se hubieran arrugado. Se puso la bombacha, alisó los elásticos con las yemas de los dedos y después, de espaldas al espejo del ropero, mirando por encima del hombro, deslizó la tela entre las nalgas. Siguió con el corpiño, la blusa, los zapatos. Sobre la cama quedaron las dos polleras. Eligió la de falda tableada. Cuando terminó de vestirse, se sentó en la cama y cruzó y descruzó las piernas frente al espejo.

Se perfumó al paso y salió del departamento con las monedas para el colectivo apretadas en un puño. Cerró la puerta con cuidado, se acercó al departamento de los vecinos y deslizó la sección de los avisos dentro del diario. Para ganar tiempo, bajó los cuatro pisos por la escalera.

Enero

La recepción es un salón amplio, cuadrado, luminoso, no muy distinto a otros que se ven en los nuevos edificios de la ciudad. Tiene pisos de madera lustrada, varios sillones de cuero, una mesa baja con los diarios de la mañana, revistas de negocios y algunos libros de arte. Sobre la pared opuesta al ventanal que da a la calle está el escritorio de la recepcionista, con la tapa de vidrio transparente, útiles, una agenda, un block donde anota las llamadas y un florero con margaritas.

La oficina de al lado es el despacho del gerente de personal. Cada tanto una chica salía y la recepcionista hacía pasar a la siguiente. Así fue toda la tarde.

A las siete llovía. Estaba sentada en uno de los sillones, de cara al ventanal, y miraba la lluvia. Cada tanto cruzaba una pierna sobre la otra, revisaba las tablas de la pollera, pensaba. Era la última postulante que esperaba para la entrevista.

La chica que estaba en el despacho del gerente salió, cerró la puerta y miró a la calle.

-No traje paraguas - me dijo.

Se acercó. Habíamos conversado antes, me había contado de un negocio que tenía las blusas a precio de liquidación y nos habíamos pasado los números de teléfono. Se sentó y me apretó la mano.

-No te preocupes -me dijo-, es como en todos lados. Acá también las cosas se caen del escritorio a cada rato.

Me dijo que me iba a llamar. Me dio un beso y la miré irse con la blusa y la pollera arrugadas.

La recepcionista ya había guardado los papeles y los útiles y buscaba unas monedas en la cartera. Me levanté del sillón y le pedí pasar al baño.

-Ahora te toca a vos -me dijo.

-Es un momento.

Oriné y después tomé agua de la canilla y me lavé las manos. Abrí la cartera, saqué el cepillo, y al mirarme al espejo pensé en la chica que había salido de la entrevista. La imaginé en la calle, sin abrigo ni paraguas, caminando despacio para no romper los tacos, con la blusa empapada, transparente.

Me quité la bombacha y la guardé en el fondo de la cartera.

Cuando volví a la recepción los empleados de la limpieza habían corrido la mesa y los sillones y tendían los cables de las lustradoras. La recepcionista me dijo que el gerente me estaba esperando; me deseó suerte. Tuve.

Febrero

Cuando abrió la puerta, el perfume de una mujer permanecía en la oscuridad de la sala. De pronto le habían adelantado las vacaciones y de un día para el otro tuvo que alquilar la casita de la Villa a través de una inmobiliaria, en Buenos Aires. Abrió las ventanas, se puso el traje de baño y volvió a salir.

Pasó todo el día en la playa y recién al anochecer fue a la avenida a hacer unas compras y regresó a la casita. Revisó el ropero, los cajones de las mesas de luz, el botiquín del baño, las alacenas, pero no encontró nada que la inquilina anterior hubiera olvidado. Solamente había los enseres impersonales de cualquier casa de veraneo. Dos mantas ásperas apiladas en el ropero, trapos de piso en la cocina y en el baño, vajilla de loza cuartecada, cuchillos sin filo. En la sala había una pequeña biblioteca con novelas policiales, una antología de cuentos obscenos, un manual de primeros auxilios y la guía de teléfonos de la Villa.

Guardó sus cosas en el ropero. Cenó, se duchó y llevó la antología de cuentos a la cama. Leyó el primero y se quedó dormido.

Al día siguiente la amenaza de una tormenta lo hizo volver temprano de la playa. Compró facturas, preparó mate y se sentó a leer en un sillón de la sala, junto a la ventana abierta.

Hacia la mitad del libro comenzaron a aparecer breves anotaciones manuscritas en los márgenes. Pensó que eran comentarios a los cuentos, objeciones a sus argumentos, reparos a la conducta de los personajes. Con el correr de las páginas las notas se hicieron extensas y cada vez más precisas. La inquilina anterior trabajaba en una oficina de Buenos Aires y un viernes le habían pedido que a partir del lunes tomara las vacaciones. A último momento consiguió alquilar la casita a través de la inmobiliaria. Se quedaba todo el día en la playa y a la noche, después de comer, se llevaba a la cama alguna de las novelas policiales de la biblioteca. Cuando las terminó encontró la antología de cuentos. Nunca había leído literatura de ese tipo y los argumentos, al repetir situaciones de humillación y abuso, la convencieron de que al regresar a Buenos Aires la despedirían del trabajo. En una de las notas, hacia el final del libro, planeaba representar ante su jefe escenas copiadas de los cuentos, pero unas páginas más adelante, en la última anotación, confesaba que jamás podría cumplir ese plan.

La tormenta duró toda la noche. El día amaneció luminoso y despejado de nubes. Devolvió el libro al estante de la biblioteca y salió temprano.

La playa estaba desierta. Fue y volvió por la orilla revisando con la mirada en los pliegues del mar. Después subió a la escollera y caminó hasta el sitio donde las olas rompían.